

# Una mirada a la realidad educativa desde la perspectiva de la Pedagogía Sistémica

Pedro Ballarín Gómez

Maestro de Educación Infantil y Primaria

*No hay más que un camino para el progreso en la educación, como en todas las cosas humanas, y es el de la ciencia guiada por el amor. Sin ciencia, el amor es impotente; sin amor, la ciencia es destructiva.*  
Bertrand Russell

Si miramos la educación con perspectiva vemos cómo, a lo largo de su historia, van apareciendo cambios que sirven para intentar dar respuesta a las necesidades que plantea la evolución humana. Por otra parte, los avances en las diferentes ramas de las ciencias nos ayudan a poder observar lo que sucede desde ángulos diferentes para poder ver con claridad la realidad de un momento histórico y que esa actuación pueda ser lo más ajustada posible a dichas necesidades. Cuando esos avances son notables, la realidad cambia a nuestros ojos porque el prisma a través del que la miramos es distinto, sentimos que los antiguos esquemas ya no nos sirven y es cuando se requiere una transformación.

Estamos ante un cambio de paradigma educativo que la Pedagogía Sistémica aborda respetando e incluyendo lo anterior, porque tuvo sentido cuando surgió, y dando un paso más al incorporar los descubrimientos que nos han aportado estos últimos años disciplinas como la Biología, la Sociología, la Pedagogía, la Psicología y la misma Filosofía para ponerlas, de una manera holística, al servicio de la educación y de la vida.

La Pedagogía Sistémica supone en esencia un cambio de actitud y, para ello, debemos reeducar nuestra mirada prescindiendo de lo que nos limita y condiciona en estos tiempos de cambios profundos y de incertidumbre que nos ha tocado vivir.

Han pasado muchos años desde que la transmisión de conocimientos se hacía oralmente; bastantes desde que la aparición de la imprenta propició que cada uno pudiese tener acceso a esos conocimientos individualmente y algunos desde que, con la llegada de la revolución industrial, se comenzasen

a regular los sistemas educativos. Principios pedagógicos, diferentes corrientes, métodos, movimientos de renovación pedagógica, innovación, introducción de las tecnologías de la información y comunicación...

Y aquí estamos, adentrados en el siglo XXI, esperando el siguiente paso, porque parece ser que los resultados no nos complacen.

¿Qué es lo que ha sucedido en todo este tiempo para que no hayamos conseguido que la escuela pueda satisfacer las necesidades de los más jóvenes? ¿Qué ha ocurrido para que la palabra fracaso se asocie constantemente a educación? ¿Vemos la evolución de nuestros niños y jóvenes en todas sus dimensiones, como partes de un todo o lo hacemos de forma fraccionada, priorizando determinados aspectos? ¿Qué tipo de individuo imaginamos al final del proceso cuando nos entregamos a la compleja tarea de educar?

Si viajamos hacia atrás en el tiempo, podemos ver que se ha puesto el acento durante muchos años en la enseñanza (cómo enseñamos, qué enseñamos, cuándo lo enseñamos...) y nos hemos olvidado de mirar cómo aprendemos, qué es esencial aprender y qué condiciones necesitamos para avanzar en el aprendizaje.

Por otra parte, el extraordinario desarrollo de la ciencia, la tecnología y los procesos económicos a nivel mundial -que hemos vivido a partir de la segunda mitad del siglo XX- han tenido un impacto desigual en el planeta, acrecentando los desequilibrios entre países, generando éxodos masivos, conflictos bélicos y produciendo un innegable y creciente deterioro medioambiental.

¿Podría ser éste el resultado de haber priorizado los aspectos cognitivos en una educación que fomenta la competitividad y el individualismo, relegando los aspectos emocionales y sociales a un segundo plano? ¿Podría ser que no tengamos conciencia de nuestra interdependencia, que no haya-

mos sabido ver lo que nos une y sí solo lo que nos separa? ¿Qué se podría hacer desde el mundo educativo para cambiar esta situación?

Me vienen a la memoria las palabras de Edgar Morin cuando habla de la complejidad y multidimensionalidad del ser humano, apuntando la idea de que para que el conocimiento sea pertinente debe contemplar lo biológico, psíquico, social, afectivo y racional que nos caracteriza como aspectos inseparables e interdependientes de un todo. Solamente así, desde una perspectiva global e integradora, podemos enseñar y aprender con garantías de éxito.

Es innegable que todos aprendemos a lo largo de nuestra vida, dentro y fuera del ámbito escolar. Aprender es una necesidad vital y los niños van a

---

*Se ha puesto el acento durante muchos años en la enseñanza (cómo enseñamos, qué enseñamos, cuándo lo enseñamos...) y nos hemos olvidado de mirar cómo aprendemos, qué es esencial aprender y qué condiciones necesitamos para avanzar en el aprendizaje*

---

hacerlo nos lo propongamos o no, pero como primer paso para comenzar a tomar decisiones coordinadas que orienten nuestra tarea estaría bien preguntarnos: ¿Para qué aprendemos los niños y los adultos?

Si pensamos en respuestas que puedan ser universales (que sirvan para cualquier país y época) podríamos decir que aprendemos para:

- Ser más competentes y responsables, para poder ampliar nuestra capacidad de dar respuestas ajustadas a las situaciones que nos surjan a lo largo de la vida.
- Desprogramar creencias que nos limitan y estar abiertos a nuevas ideas y posibilidades.
- Conocernos mejor, conocer a los demás y poder convivir en armonía.
- Transformarnos y transformar el mundo, mediante la cooperación, haciéndolo mejor para nosotros y las nuevas generaciones, aunando conservación y evolución

Se podría decir que el aprendizaje es un conocimiento y una integración cada vez más profundos de la realidad para vivir de una manera eficaz, consciente y plena.

Para poder realizar esos aprendizajes y desarrollar al máximo las capacidades que ya vienen inscritas en las células de nuestros alumnos, nuestra primera función como docentes es crear un clima en el que eso se pueda dar.

Esto supone pensar en la clase como un **SISTEMA**, dentro de un sistema mayor que es el centro educativo, donde cada alumno sienta que tiene su lugar y al que nosotros, los docentes, también pertenecemos. Lo que allí sucede no es ajeno a nosotros, sino que depende en gran parte de nuestra actitud y de las prioridades que establezcamos; de nuestra fuerza y delicadeza al abordar la tarea.

Lograr en el aula un ambiente de calma psicológica que permita a los alumnos sentirse seguros y relajados, fomentando el sentimiento de pertenencia, el respeto y la vinculación, es fundamental y previo a cualquier otra cuestión. Tengamos en cuenta que estamos ayudándoles a que se formen como personas y no solo instruyéndoles. Para eso hemos de valorar su esfuerzo y sus logros, describir individual y colectivamente aquello en lo que son competentes

sin centrarnos en sus carencias, aunque tengamos presentes los aspectos en los que deben mejorar y les demos pautas para avanzar en ellos.

Esto a grandes rasgos porque, a ciencia cierta, no sabemos lo que van a necesitar en el futuro ya que el mundo cambia vertiginosamente, aunque intuimos que la capacidad para adaptarse y cambiar sus esquemas mentales y la **COOPERACIÓN** con otros individuos pueden ser los pilares que sustenten sus avances.

Gracias a que, hace unos 700 millones de años, los organismos unicelulares comenzaron a agruparse en colonias multicelulares y a que, con el tiempo, se fueron especializando en diferentes funciones y adaptándose a los cambios del entorno, estamos nosotros hoy aquí. Y todo porque la conciencia es un factor básico en la supervivencia de los organismos y la conciencia colectiva de una comunidad es, lógicamente, mayor que la de un individuo y au-

menta las posibilidades de adaptación, desarrollo y reproducción.

Este hecho, que es válido para las comunidades de células, lo es también para las comunidades humanas, por lo que es pertinente afirmar que lo que sirvió durante millones de años nos va a seguir siendo de utilidad en el futuro. La cooperación es consustancial a la evolución de los seres vivos y está, al contrario que la competitividad, al servicio de la vida.

En esa cooperación nos vamos influyendo unos a otros y esas vivencias que compartimos contribuyen a nuestra construcción como seres humanos ayudándonos a descubrir y poner de manifiesto nuestras posibilidades como individuos, en interacción con los demás, en un proceso que dura toda nuestra existencia.

El biólogo chileno Humberto Maturana dice que “cada historia individual humana está formada por una estructura inicial, igual que la de una célula, que va cambiando en función de una serie de interacciones que se dan a lo largo de su vida y que producen algunos de los cambios que eran posibles según su estructura. Cada cambio surge de la transformación del organismo en ese instante de la interacción con el otro”

De esto se deduce que el futuro de un organismo no está nunca determinado en su origen y que la atmósfera que lo envuelve y las interacciones con otros son fundamentales para su desarrollo.

Así pues, el éxito lo construimos y el fracaso también.

Es por eso que la Pedagogía Sistémica pone el acento en la **VINCULACIÓN**.

Los vínculos son los hilos que forman la red que nos sostiene emocionalmente a lo largo de la vida. Actúan consciente e inconscientemente y de ellos surge la fuerza necesaria para sobrevivir. Los primeros vínculos surgen en el seno de nuestra familia y es por ello esencial que los docentes sepamos conectar con las familias de nuestros alumnos ya que son los más importantes en la vida y en la educación de sus hijos.

Necesitamos que sientan que respetamos su historia, lo que hacen y cómo lo hacen, porque solo si los miramos así se puede generar algo positivo. Todos los padres y madres de nuestros alumnos actúan de la mejor manera posible en las circunstancias que les ha tocado vivir, aunque nos cueste entenderlo porque sus valores, creencias y formas de actuar pueden ser muy diferentes a los nuestros.

En todo caso no nos corresponde juzgarles; en vez de eso podemos conversar con ellos para conocer los hechos, a veces dolorosos, que son el origen de su forma de vida y sus relaciones. Seguramente con algunas familias será fácil, porque se asemejan a la nuestra; el reto para nosotros será cuando se alejan del modelo que conocemos, pero, precisamente en esta dificultad, será cuando tengamos que buscar recursos que nos harán avanzar como profesionales y como personas.

Si conseguimos esa conexión con sus padres el alumno vendrá confiado a la escuela, lo que ampliará sus posibilidades de aprender.

Para hacer esto es necesaria una buena dosis de **HUMILDAD**.

Quitémonos importancia. Solo somos un elemento más en ese proceso que es la educación de un niño: antes de nosotros ha habido unas personas y después vendrán otras que ayudarán a sostenerle, incluso si las circunstancias que atraviesa son difíciles porque, si está acompañado por un adulto que le escucha, esas dificultades se pueden convertir en ocasiones para aprender y salir fortalecido. Estamos de paso en la vida de nuestros alumnos, pero podemos dejar una profunda huella de resiliencia en ellos si actuamos amorosamente.

Si los docentes tenemos en cuenta estos tres aspectos (vinculación, cooperación y humildad) cuando trabajamos conjuntamente podremos beneficiarnos de la riqueza que supone hacerlo en equipo personas de distintas generaciones, con diferentes capacidades y con miradas sobre la educación que no son antagónicas sino complementarias. Partiendo de una buena vinculación esas diferencias pueden generar infinitas posibilidades cuando compartimos proyectos porque no competimos entre nosotros, sino que aportamos cada uno a ese proyecto aquello que nos hace especiales y nos completamos. No consiste en hacer más cosas sino en hacerlas mejor, con un sentido, una dirección y una intencionalidad, en adaptarlas al contexto en el que nos desenvolvemos, consiste en eliminar lo superfluo y centrarnos en lo profundo porque nadie sabe mejor que nosotros lo que necesitan nuestros alumnos. Se trata de prescindir algo de la individualidad en aras de la colectividad para evitar el desgaste y ganar fuerza mientras somos un buen modelo para el alumnado, al que todo esto no le pasa desapercibido.

Es recuperar la ilusión y la magia de la educación, perdida entre montañas de papeles y exigen-

cias y volver a mirar a los niños reales que tenemos delante porque, para que se sientan seguros, necesitan la **MIRADA Y PRESENCIA** del adulto. Esto supone nuestra aceptación tal y como son y la garantía de que sepan que son queridos incondicionalmente, que el serlo no depende de sus triunfos o de su conducta, aunque nos veamos obligados a poner los límites necesarios si es preciso.

Los niños que son “mirados” por sus padres tienen mayores posibilidades de obtener el resultado que se espera de ellos. La escuela les resulta fácil y a nosotros trabajar con estos alumnos. Pero en ocasiones las familias no están en condiciones de sostenerles por diferentes circunstancias que les preocupan y les impiden estar presentes y atentos a las necesidades de sus hijos: conflictos o separación de la pareja, pérdidas o enfermedad grave de otros hijos o abuelos, problemas económicos o laborales, dificultades derivadas de la adaptación en familias inmigrantes...pueden ser causas que produzcan un efecto en los más pequeños, que manifiestan por medio de distintos síntomas, tanto físicos como emocionales o de conducta. Si los docentes prestamos atención a estas señales podemos descubrir su origen, en un trabajo conjunto con sus progenitores, para poder intervenir de forma ajustada. A veces, éste tiene que ver con hechos dolorosos o no resueltos que sucedieron en la familia con anterioridad y que influyen como una herencia emocional en el presente.

La práctica nos muestra que, en la mayoría de los casos, la clave del éxito o fracaso de un niño está pues en su **CONTEXTO** familiar. No se trata en ningún modo de buscar culpables, si a éste no le va bien en la escuela, sino de averiguar el origen de lo que le perturba para incidir en él en vez de poner una etiqueta a su malestar, presionarle con ejercicios y tareas que le superan o comenzar a medicarle.

Me parece necesario hacer hincapié en esto porque, aunque habitualmente no nos llega esa información, es alarmante el ingente número de escolares que toman fármacos para dormir, para la ansiedad, para la depresión, para la hiperactividad...

A nadie nos gusta sentirnos culpables, pero quizá sea necesario analizar si esa fragilidad de los niños no está poniendo en evidencia la incom-

petencia de los adultos en lo emocional.

De todo esto se deriva la necesidad de hacer un **ACOMPAÑAMIENTO** adecuado de estos pequeños que les fortalezca y les ayude a estar en las mejores condiciones para aprender.

Me gusta la palabra acompañar porque si miramos algunas de sus acepciones encontramos: “Estar o ir en compañía de otro” pero también “Coincidir o existir simultáneamente” o “Participar en los sentimientos de otro” y creo que esa es la clave. Acompañar no es dirigir ni dejarse dirigir. Es un trabajo de acompasamiento que se da cuando miramos y sentimos al otro, que sucede cuando trabajamos de corazón a corazón.

Se trata de aprovechar sus capacidades, ayudarles a que crezcan, las puedan diversificar y transformar para su beneficio y el de los demás; ser su apoyo en la experiencia y disfrutarla al máximo. Somos sus adultos de referencia y tenemos un currículum que cumplir, pero el cómo lo desarrollamos lo elegimos nosotros y en ese proceso nos corresponde ser los líderes, entendiendo el término liderar como inspirar. Un buen líder no impone, sino que atrae y para eso hemos de alinear cerebro y corazón. Podemos ser un dechado de inteligencia, pero sin duda lo que más necesitan nuestros alumnos en este momento es que lo seamos de humanidad.

Los avances de la Epigenética y la Neurociencia nos muestran los tres cerebros que tenemos unidos en una estructura: el reptiliano, caracterizado por la acción y garante de nuestra supervivencia, va a ritmo fijo y no se adapta a un mundo cambiante. En el otro extremo está el neocórtex, responsable de los procesos intelectuales superiores. Aquí se analiza,



se sintetiza, se asocia, se crea...se planifica y se anticipan los posibles efectos de nuestras acciones en un futuro y hoy se sabe que se puede desarrollar sin límite desde el nacimiento.

Pero la clave de este desarrollo está en el cerebro límbico donde reside la capacidad de sentir, de dejarnos influir por el entorno, de dar y recibir afecto, ternura, de empatizar...Es el cerebro de la **EMOCIÓN**.

¿Y por qué es tan importante este cerebro cuando nos referimos al aprendizaje?

Por dos razones:

- Sobre la primera se ha escrito más y tiene que ver con el cómo enseñamos, con la forma en la que el docente hace que el alumnado se aproxime a un conocimiento nuevo de forma sorprendente, lúdica, de cómo lo relaciona con lo cotidiano, de su propia curiosidad y creatividad, de lo interesantes que sean los materiales que utilicemos, de plantearlo en grupo, lo que genera niveles más elevados de neurotransmisores... Tiene que ver con la forma en que los aprendizajes se fijan cuando se viven intensamente, cuando nos impactan.
- De la segunda se habla menos, aunque, en mi opinión, es esencial: se trata de la habilidad de los docentes para conectar con los alumnos desde lo emocional, dándole espacio en el aula de forma permanente, impregnando todo lo que hacemos. Es dejar entrar sus historias personales para poder dar sentido a lo que muestran, conocerles mejor y poder intervenir de forma más ajustada. Se trata de implicarnos como los adultos que somos, rescatando las dificultades que tuvimos de niños o adolescentes para poder entenderles. Se trata de contenerles y sostenerles emocionalmente, de darles el impulso que necesitan para avanzar a todos y especialmente a aquellos que atraviesan situaciones delicadas porque es en ellas, y no en la escuela, donde estará su atención. Es conseguir que el cerebro límbico se relaje, se equilibre, se pacifique...para que se produzcan cambios fisiológicos que activen la memoria y encaucen la atención de modo que el neocórtex deje de estar secuestrado y pueda desarrollarse sin límites en múltiples aspectos.

Siento que la educación que tenemos en la actualidad adolece de un excesivo afán de controlarlo todo, de clasificarlo. Ejerce una presión excesiva sobre los docentes y agobia o bloquea a muchos

alumnos porque no se da el tiempo suficiente para que hagan su proceso individual, que es diferente para cada uno en la duración y en el modo de acceder al conocimiento.

No podemos controlar todas las dimensiones del ser humano, pero sí contribuir a armonizarlas y confiar. El miedo, la desconfianza, la exigencia...cierran el corazón y nos desgastan, nos separan, nos paralizan y obstaculizan la regeneración y el aprendizaje. La **CONFIANZA** y el agradecimiento unen y hacen que se vislumbre un futuro con optimismo.

Confiemos entonces en nuestras capacidades, en las de nuestros compañeros, en las de las familias, en las de los alumnos. Si lo hacemos así ellos lo van a percibir y algo importante va a cambiar.

Si a un niño le miramos a los ojos y conseguimos ilusionarle y transmitirle que creemos en él se multiplican sus posibilidades de tener éxito en la vida. Y es que, en eso, no se diferencia mucho de cualquiera de nosotros porque todos necesitamos que se nos entienda, se nos valore y que nos traten con afecto.

Así podrá alcanzar ese éxito, que quizá no sea el que reconoce nuestra sociedad (dinero, poder, fama, prestigio...) porque cada persona tiene derecho a decidir qué es para ella el éxito. Quizá tenga más que ver con el equilibrio, la satisfacción interna o algo que es o se parece bastante a la felicidad y que no es necesario buscar en el exterior, aunque tiene efectos positivos en todo lo que nos rodea.

## BIBLIOGRAFÍA

- Traveset, Mercè (2007) **La Pedagogía Sistémica: fundamentos y práctica**. Barcelona: Graó
- Parellada, Carles, Traveset, Mercè (2016) **Las redes sutiles de la educación**. Barcelona: Octaedro.
- Morin, Edgar (2002) **Los siete saberes necesarios para la educación del futuro**. Barcelona: Paidós.
- Cyrulnik, Boris (2002) **Los patitos feos**. Barcelona: Gedisa.
- Lipton, Bruce H. (2007) **La biología de la creencia**. Madrid: Palmyra.
- Traveset, Mercè (2014) **Pensar con el corazón, sentir con la mente**. Barcelona: Octaedro.
- Revista Cuadernos de Pedagogía. **Monográfico de Pedagogía Sistémica**. Núm. 360- septiembre 2006.
- Revista Aula de Innovación Educativa. **Monográfico de Pedagogía Sistémica**. Núm.158 - enero 2007.